

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

*Ciudades
de sal*

Ciudades de sal

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 3



Diván

Ciudades de sal

© 2013 Elko Omar Vázquez Erosa

© 2019 Voluptuosidad es la palabra

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Fotografía de portada: Engelbert Grijalva

Modelo: Marissa Chávez

SE RESERVA TODOS LOS DERECHOS

Elko Omar Vázquez Erosa

Blog:

<http://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

I. BAJO EL MANTO DEL PEREGRINO

Cíbola, ciudad situada en medio

de los vientos y las sombras
que no recuerdan el hechizo,
que no recuerdan la plegaria
de los ángeles.

Cíbola, brillando lejos:
el viajero avanza por los caminos
bajo un manto de púas y desamparo.

Cíbola, ciudad amarga,
engañosa para el ojo,
quimera de videntes extraviados,
enloquecidos en los vastos campos
de la soledad.

Cíbola, tierra de fantasmas,
ciudad de llanto
que dibuja la nostalgia.

Agujas de tristeza,
inmensas, desgarradas.

Un cielo cubierto de dragones,
de luminiscencias aserradas
que hienden la montaña.

Este grito sin destinatario,
torrente sangriento de los dioses,
perversa sinfonía de lamentos.

Volaré sin ti...
hacia mares perdidos
del mito y del ensueño.

Pero siempre me atormenta lo inefable,

y es que las palabras, nunca suficientes,
llegan a apagar la sed de mis visiones,
y en espeluznantes desiertos de mi alma
logra brillar, brevemente, la esperanza.

La abuela contaba historias,
compartía sus tesoros
de quimeras y dragones
bebiendo leche y horneando el pan.

Ella imaginaba que del mar
llegarían naves hechas
de recuerdos y leyendas.

La abuela contaba historias
de mujeres aguardando,
dentro de amargas torres de sal,
un regreso prometido
por valientes marineros.

El día en que los ángeles

decidieron castigarnos
blandieron espadas de fuego
y sembraron lágrimas.

Ese día nos miramos
y por un momento pareció
que nos hubiéramos vuelto
viejos y raros.

Ese día cargamos
la culpa infinita del hombre.

La mujer de Lot

En los ojos de Edith
—en esos ojos llenos de nostalgia—
los dioses grabaron toda su rabia
antes de transformarla
en muda estatua de sueños y sal.

Árboles flameantes,
mañanas frías
cosidas de silencios,
medusas que flotaban
en el aire
como ángeles siniestros.

Recuerdos en el aire,
tu mirada,
en este triste, repulsivo
entorno de concreto.

Flameante pincelada
de la aurora,
promesa del maldito
cuando llora
entre los barrotes
de su celda.

Caos...

cuya esencia me tortura,
en seguida me recuerdo
en busca del núcleo
en los lejanos litorales
del pasado
—un núcleo indestructible—
una gema rutilante y prístina.

Caos...

cuya esencia me rodea
agazapada bajo el rostro
de los seres y las cosas.

¿Dónde la gema primordial
del alquimista?
¿Dónde la perla inmaculada
si el ser no es más
que una serie de trazos
en la arena,
siempre sujetos
al capricho de las olas?

¿Dónde? ¿En el viento?
¿Dónde si yo buscaba
la razón de mi existencia
en el pasado?

En el fondo no tengo raza,
ni siquiera una patria que pueda
expresarse con palabras.

No me reconozco en sus acciones,
en los ojos fríos del prójimo.

Tengo un jardín pródigo de libros,
de sueños y recuerdos,
pero el resto siempre
—penosamente—
se resuelve en otredad.

El ángel alzó la espada y dijo:

“más allá del bien reside el mal”,
y la primera pareja corrió a esconderse,
avergonzada.

Luego los visitó en sueños, para decir:
“más allá del mal reside la locura”.

Ya viejo, Adán recordaba el perfume,
el brillo en los ojos de Eva.

Poco antes de morir, Eva recordaría
las palabras de la serpiente:
“más allá de la locura reside lo divino”.

Conocí a un vagabundo

crucificado en plástico y metal
—le gustaba hablar con los pájaros—
pero un día enloqueció
de tanto invocar
la nada triste y cansada
de un sueño.

Hoy, esclavo del progreso,

salí de la aséptica barraca
y por quince minutos
superé mi condición de insecto
en la colmena,
y el viento de la tarde
me pegó en el rostro,
y los cerros dibujaron
sus promesas falsas
de misterio y libertad.
¡Qué bellas mentiras decían!
Por ellas hubiera cambiado
las calles.

Ciudad maldita,
quédate con tus enredos
y con el dínamo,
encierro de ratas
que no van a ninguna parte;
quédate tus luces,
tu grotesca canción de algarabía.

Estoy rodeado de vampiros:

quieren mi sangre, mi alma
y hasta la última fibra
del tuétano en mis huesos...

...y yo me tiendo desgarrado
entre el tormento y la vision
de mi jardín amurallado.

Sólo hay blanco y negro:

¡Qué ganas de cortarse las venas
en una tina con agua caliente;
Muelle fluir hacia el mar
donde pueda ser una ola...

...nada más que una ola.

Sentados a la mesa

y llenos de satisfacción
los nuevos dioses decidieron
con su inmensa sonrisa afable
—esa de buenas gentes—
que soñar no valía nada,
menos como sueña el poeta:
“amargo eslabón superado”,
dijeron, “animal
tan extraño, tan orgulloso”;
poco después acordarían
un mínimo de tolerancia
a vates de cloaca
para reírse los domingos
y darle gusto a sus hermanos,
cercano rostro de su izquierda,
y trincharon el pollo
y alegres siguieron trazando
los infalibles, celebrados,
brillantes planos del progreso.

Deambulo por las calles silenciosas,

los sicómoros pierden las hojas
y yo escribo de mi soledad,
de esta melodía sin esperanzas.

Busco refugio en mis horas de sed
y desde el frío, sucio cristal,
miro las luces de la autopista
cuando huyen a la par de mis sueños.

Sabes que un día me olvidó la dicha:
me he vuelto un puñado de jirones
preguntándose cada “por qué”
en la inmensa ciudad de la tristeza.

Sólo me quedaron ganas

de perseguir la nada,
y tú parecías hundirte
en un valle de contornos
irreales,
luego me eché en la hierba
y fumé toda mi tristeza,
mientras buscabas
nuevas razones
para quejarte.

He consultado a la esfinge del sueño,
he buscado en tus ojos matices de otoño
donde las almas beben mis lágrimas,
donde tu nombre en las horas más negras.

Tú sabías traerme deseos por la vida,
tú sabías despertarme:
hoy no me explico la causa,
la espada de hielo que nos mutila,
los cientos de miles de millas
entre los dos.

II. LUNA

Así, por las noches,
así de intensa vuelves,
así de intensa,
intensamente hermosa,
dadivosa y cruel,
subyacente en la sustancia
de los sueños, los ensueños,
los recuerdos, las imágenes.

Permanente:
sólo atino a reprimir
la huella de tu cuerpo,
sólo atino a enloquecer
investido de tristeza.

Indeleble,
marca de fuego
de otros días,
de un cielo regido
por otros dioses.

Así, por las noches,
así de intensa vuelves.

Busco tus ojos

y me pregunto si puedes
mirar la muerte,
quizá negarla
con esa misma mirada.

Luna, te he seguido a través

de estas ciudades demenciales
que se disfrazan con espinas,
entre los bosques otoñales
donde borracho de mi angustia
te di mil nombres como sólo,
sólo conciben los poetas.

El arco iris se mezclaba con el fango

de los silenciosos caminos serpenteados:
eran días sombríamente luminosos,
fragantes de lluvia entre tu pelo.

Tardes olorosas de café,
de ancianos sauces sacudidos por demonios,
de rotas ventanas musicales.

Eran días en que las nubes se veían
pesadas y negras, rompiéndose entre luces,
bañando de estrépito los valles.

Cuán hermosa venía la muerte...

en su mirada cabía mi cansancio,
todo mi asco por la humanidad;
y es que de sus labios brotaban
refulgentes promesas de olvido,
largas, interminables noches
sin sueños.

Los amores malditos

están hechos de ansias.
¡Qué de rayos les presta
la luna!, cual si fueran
arañas de plata.

Los amantes malditos
esconden fragancias
que robaron al alba.
Ellos saben que un día
el destino se lleva
sus castillos de arena...

...ellos saben que un día
los espera el cuchillo
de su sino fatal.

Tendrías que llegar, desconocida,
e invertir los papeles del cortejo
—es triste que en el fondo no me importe—
que en el fondo implore que no vengas;
y que no haya lágrimas,
y que carezca de ilusiones.

Es triste mi satánica exigencia de belleza,
mi infinito deseo de cerrar la puerta:
es la débil alarma
de saberme la excepción sin apetito.

Lo cierto es que me siento pleno
—aunque temo por mi alma—
cuando tengo un hada entre los brazos,
amante demoníaca de lo inmenso.

Ya no soporto una caricia,
me he vuelto un puritano amargo,
un hombre desposado
con la absoluta soledad.

Deslumbrante de piedad

la mandrágora nace
a la sombra del ahorcado,
y grita si la arrancan
porque gusta alimentarse
de las almas olvidadas.

La mandrágora
tiene el olor de los sepulcros,
pero lleva en sus raíces
un filtro de amor
y de ternura.

Dicen los magos
que en exceso
produce locura y muerte,
las visiones espantosas
de los amantes demenciales.

Desde estos mares plagados de imposibles,

desde estas luces reptando sobre el agua

al compás del arpa que pulsó la luna.

¿Sabrás que hoy puedo morir en tu mirada?

¿Qué hoy parecen ligeros los grilletes,

los dolorosos grilletes de la espera?

Hoy, ante la primera

embestida de la realidad,
los crudos, crueles temores
de que resulte imposible
una parte
de los momentos felices
que no registra ninguna historia.

Perdóname si alguna vez
defraudé tus ilusiones,
porque en todas partes había trampa:
mil cobardías y soberbias,
la impiedad, la mala estrella
—aun algunos señalaban
un exceso de virtud—.

Perdóname si alguna vez
despedacé tus ilusiones,
perdona mi egoísmo,
perdona que en el valle de los condenados
me torture la visión del paraíso.

Transformaba la derrota en sus blasones

y con el porte indomable de un marqués
que de pronto se encontrase en la batalla
con sus ejércitos rotos, caminase
con la sorna del guerrero en la mirada,
con la ironía del lobo capturado
por la oveja temerosa de su suerte.

Al final todos los hombres

son tuyos, pues somos nada
fuera de muertos que tiemblan
en pronta disolución,
y todo es viajar, transidos
de lágrimas, de extravío
desolado en orfandad.

Al final todos los hombres
te buscan, pues somos débiles,
pues somos briznas de paja.

Y no sé dónde se fueron estos años irreales
en que cruzaba desiertos infinitos, todos hielo...

Yo contemplé las imágenes tristeza del espejo,
siempre esperando por ti, en demenciales tormentosos
y en virtuosismos nocturnos de placeres infernales.

Sólo pequeños, míseros momentos...

el resto es una corona de espinas
y esta copa rebosando de hiel...
sí, e incluso gravita sobre el alma
la amenaza de hundirse en el infierno
y maldecir tu nombre eternidades.

Señor, no es cierto que nos diste vida.
¿Y para qué nos sacaste del polvo,
del polvo bendito que nada siente?
¿Y para qué este manto de miseria,
este sendero donde desangrarse
tan lenta, tan lenta y dolorosamente?

Nocturno resquicio plañidero,
triste fantasma, claro de luna.

¿Y de dónde habías de venir
si no de la tierra de los sueños?

¿Y por qué mis ojos
sólo encuentran densa niebla,
y un cigarro, y un poema?

En diciembre las casas

se vuelven jardines de luz,
y el invierno teje
su manto de magia y cristales.

En diciembre,
cuando llora la muerte
—cuando brilla en las ventanas—.
¡Ay!, en diciembre
el cielo me hace acordarme de ti.

En los días lluviosos,

cuando te extraño,
cuando me acosan los fantasmas
y todas las promesas desdibujadas,
cuando trato de escribir
una carta en la penumbra,
cuando intento el mínimo vital.

En los días lluviosos
recuerdo un beso,
las tardes en que te amaba
y tu perfume traicionero
de lejanas voces.

Tú no conoces mi tristeza,
las veces en que muelle
quisiera tenderme
en un lecho de musgo,
sin la necesidad de beber
los vapores miserables
que alimentan al poeta.

Fulvia, recibe estas memorias

de aquellas noches compartidas
revelando nuestros secretos
en la oscuridad, y de nuevo
deja que regresen las frases
de los trenes, y las promesas
de nuestros reinos encantados.

Fulvia, recuerdo hadas bailando
—con chispeantes zapatillas—
encima de tu dulce lecho.

Como una dama francesa del siglo doce,
que de tan blanca, de tan blanca y rubia, prístina;
como Laura en los tristes sueños de Petrarca,
así de dulce, lucero de la mañana.

III. TODA LA TRISTEZA DE MIS OJOS

He visto ciudades de oro

refulgentes en la tierra
de los sueños.

He visto mercaderes
cruzar desiertos demenciales.

Escuché historias de reyes,
nigromantes, bardos y heroes
que desbordaban a través
de oníricos derrames.

Estoy impregnado de locura,
verde hechizo de tus ojos,
baño de luna
atrapado en la nostalgia.

Se encontró ante un espejo

y fue como verse
por primera vez.

Probó a hacer gestos
para comprobar
si su Yo existía,
y temió desvanecerse
de un momento a otro
en el océano de la eternidad.

Ella escucha la tarde:

imagina al poeta
mirarla como miran
las ardientes hojas al sol.

Nunca han visto

una mujer musitando
tras unas rejas de hierro.

Son felices porque ignoran
la belleza que reside
más allá de sus vidas miserables...

...por eso se pueden doblar,
por eso nunca pierden el paso.

Las musas gustan de los locos

que salen por las noches,
envueltos de niebla y de misterio,
en busca de fantasmas;
adoran la sonrisa desdeñosa
de los navegantes,
las fuentes solitarias,
los palacios de gemas relucientes
y la trágica silueta de los heroes
cabalgando tras la última batalla.

Siempre tibia como las aguas de agosto

que guardan fieles el paso de las aves
en la memoria ondulante de sus olas.

Siempre es dulce la caricia que dispensas
cuando sonríe la lluvia en los cristales
de esa alcoba de perpetuas melodías.

Pasa con su hija,
¿o es su hermana?..

...me dedica una sonrisa.

Llevando una sombrilla
se diluye como espuma
entre las calles empedradas,
silenciosas del recuerdo.

Tiempo de tu imagen,

espasmo de hielo:

firmaba La Parca

en este páramo ceniza,

en estas latitudes

de nostalgia.

Nadie conoce

el valor de la vida,
y luego se van los seres,
y aunque a veces
nos engaña la memoria
no vuelve su sonrisa,
los pasos familiares,
los días soleados;
y nos preguntamos
si nos faltó un abrazo,
si dimos todo
lo que podíamos dar,
porque nada nos llevamos,
porque ya no respiran
y duele y quema
tan sólo de pensarlo.

Noche encantada, esta pequeña

ciudad de juguete y fantasmas
donde sopla la brisa
trayendo perfumes de antaño.

Nunca pudo conformarse en un soldado,

nunca pudo limitarse
a la condición de un animal gregario
mordiéndose su propio miedo:
tenía que ser guerrero.

Ebrio de gloria, el héroe miraba los mares
incapaz de decidirse entre las olas,
entre las olas y Penélope.

A veces no puedo evitarlo,

a veces, a pesar de las canas,
te veo como un niño extraviado,
como un náufrago distante
buscando mil sueños...
sin fe.

Acariciada por la espuma

la frágil nereida soñaba.

Mirando el paso de las naves
creía encontrar la respuesta
de los enigmas que graznaban
los abandos y las gaviotas.

¿Qué culpa tenía la niña
de los desastrosos naufragios
que siempre llamaba su canto?

Historias de playas borrosas
que registraban los antiguos.
Leyendas que un ciego poeta,
arrancando llanto a la lira,
cincelaba en sangre y arena.

Es frecuente soñarte

en pálidos tonos acuarela
mientras cortas un ramillete,
aspirar la fragancia
de la tierra mojada
y mirarte besando un espejo.

Es frecuente sonar
con la vieja regadera de mano
reposando entre las rosas
que te afanas en cuidar.

Incluso en medio de las trágicas ciudades

donde mueren los sueños bajo ásperos hielos,
incluso entonces encuentran puertas los magos
por donde escapar a rutilantes jardines.

Escucharía el mar

—lo escucharía por siempre—
lo escucharía dormido
en ese tierno lejano
refugio de tus senos.

Toda la tristeza de mis ojos

cabe en los tuyos cuando me miran
con ese dulce, tibio mirar,
y es entonces cuando las espinas
se vuelven flores llenas de sangre:
a menudo quedas atrapada
en las suaves notas del poema,
y del mar mis sueños lontananza
vienen a esconderse entre la arena,
—ansiosa— sin retener tus huellas.

Y ahora un avance especial de:

Vestigios de abril

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<http://goo.gl/kNvyhS>



Vestigios de abril

Elko Omar Vázquez Erosa
Voluptuosidad es la palabra

I. EL FANTASMA DE LA NIEVE

Borracho en el balcón

donde las luces
anuncian infinita
nuestra espera,
con presencias
de cera derretida
en el estruendo
que supusimos falso
para que pudiéramos guardar
nuestras memorias.

Heridos
por la espada flamígera
de criaturas aladas,
apenas atinamos
a buscarnos
sin que por ello logremos
la pureza.

Borracho en el balcón
donde las luces envidiosas
nos arrebataron el ayer,
con presencias
de cera derretida
en el rigor mortal
de la mañana.

Deseaba que la noche

se detuviera al filo de un cerco de púas,
en los límites de un cuento secreto,
tan hermoso y cruel como la vida.

Deseaba descansar en la nieve
con melodías de cristal para arrullarme,
para cubrirme con sudarios de escarcha.

La moneda brilla suspendida en el aire

y por un momento se sabe un sol,
pero luego cae entre el polvo
donde se oxida en recuerdos
de magia que robaba a los pájaros.

Lobos...

una brisa de hielo con alas
de un águila vista en lo alto.

Artífice de notas y espectros
con la punta dorada,
un estilete forjado al silencio...
y todas las palabras huyeron
dejando la noche vacía.

Rondar de huestes hambrientas
en un valle de hojas,
y en cada hoja, una plegaria.

Lobos...
brisa de hielo y de cuentos,
un personaje en la puerta
rociando huecos de incertidumbre,
ráfagas de miedo que asfixian la hoguera.

La musa es como Janos

y tiene dos rostros
—uno diabólico y otro de ángel—

lleva en la frente el caos
de los tiempos primeros.

Unas veces vampira y cortesana;
otras... casi una santa.

Es la hermosa vestal llena de gracia
y sedienta de sangre.

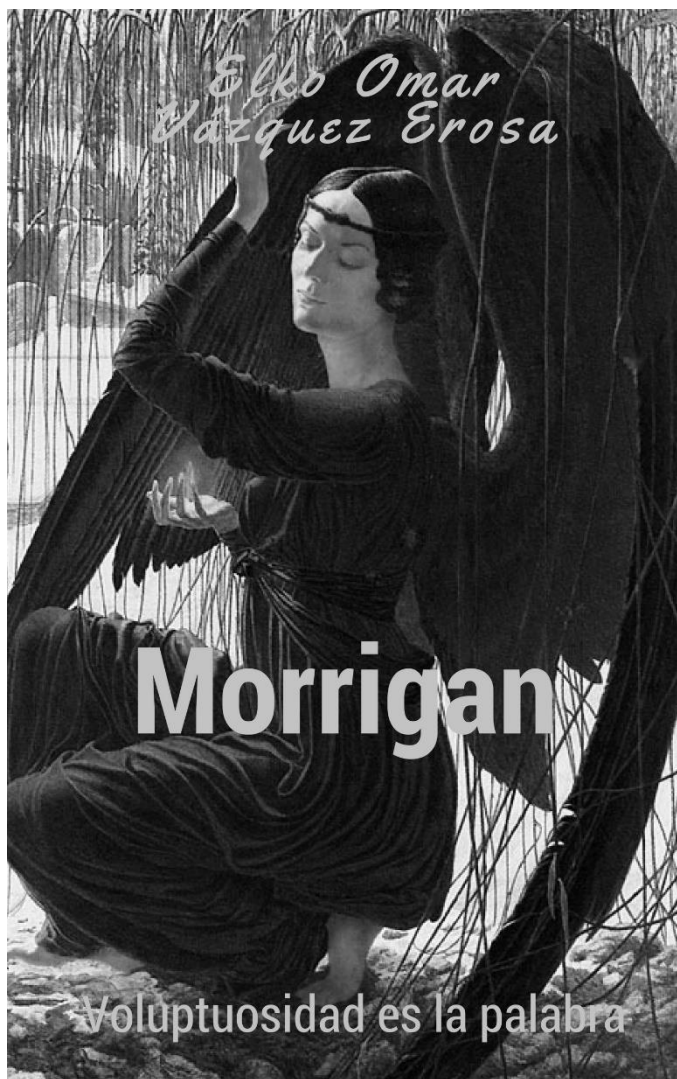
La musa es cruel
y algunas veces regresa
como las furias;

otras... como Beatriz
en los últimos versos de Dante.

OTROS LIBROS DEL AUTOR



Poemas lánguidos y voluptuosos, decadentes, para acompañar los sueños del vino y del perfume.



Poemas paganos, zarcillos que beben del mito y la leyenda de los celtas, al filo de la espada.



LUXURIOSIDAD ES LA PALABRA

Elko Omar Vázquez Erosa

FANTASMAS

Poemas espectrales, teñidos de vino e insomnio, que gimen
en el viento y en la lluvia.

Contenido

I. Bajo el manto del peregrino, 3

- Cibola, ciudad situada en medio*, 4
Agujas de tristeza, 5
Pero siempre me atormenta lo inefable, 6
La abuela contaba historias, 7
El día en que los ángeles, 8
La mujer de Lot, 9
Árboles flameantes, 10
Caos, 11
En el fondo no tengo raza, 12
El ángel alzó la espada y dijo, 13
Conoció a un vagabundo, 14
Hoy, esclavo del progreso, 15
Estoy rodeado de vampiros, 16
Sólo hay blanco y negro, 17
Sentados a la mesa, 18
Deambuló por las calles silenciosas, 19
Sólo me quedaron ganas, 20
He consultado a la esfinge del sueño, 21

II. Luna, 22

- Así, por las noches*, 23
Busco tus ojos, 24
Luna, te he seguido a través, 25
El arco iris se mezclaba con el fango, 26
Cuán hermosa venía la muerte, 27
Los amores múltiples, 28
Tendrías que llegar; desconocida, 29
Deslumbrante de piedad, 30
Desde estos mares plagados de imposibles, 31
Hoy, ante la primera, 32
Transformaba la derrota en sus blasones, 33
Al final todos los hombres, 34
Y no sé dónde se fueron estos años irreales, 35

Sólo pequeños, míseros momentos, 36
Nocturno resquicio plañidero, 37
En diciembre las casas, 38
En los días lluviosos, 39
Fúbrica, reabe estas memorias, 40
Como una dama francesa del siglo doce, 41

III.Toda la tristeza de mis ojos, 42

He visto ciudades de oro, 43
Se encontró ante un espejo, 44
Ella escucha la tarde, 45
Nunca han visto, 46
Las musas gustan de los locos, 47
Siempre tibia como las aguas de agosto, 48
Pasa con su hija, 49
Tiempo de tu imagen, 50
Noche anoxa, 51
Noche encantada, esta pequeña, 52
Nunca pudo conformarse en un soldado, 53
A veces no puedo criticarlo, 54
Amanizada por la espuma, 55
Es frecuente sonreírte, 56
Incluso en medio de las trágicas ciudades, 57
Escucharía el mar, 58
Toda la tristeza de mis ojos, 59

Un adelanto de Vestigios de abril, 60

Otros libros del autor, 68